

Cañar

Desde la mirada
de Rigoberto Navas
1940-1960



Cañar

Desde la mirada
de Rigoberto Navas
1940-1960



Universidad
Católica de Cuenca



Universidad
Católica
de Cuenca

Enrique Pozo Cabrera	Rector
Vanessa Bermeo Pazmiño	Vicerrectora Académica
Pedro Martínez Suárez	Vicerrector de Investigación

AUTORES

Judy Blankenship	Investigadora independiente
Priscila Ruiz	Coordinadora del Campus Cañar
Carlos Valverde	Docente responsable de vinculación con la sociedad de la Carrera de Comunicación, Periodismo y Producción Multimedia
Marco Vinicio Vásquez	Coordinador del Centro de Investigación de la Cultura Cañari

COORDINADORA DE LA PUBLICACIÓN

Judy Blankenship

ARCHIVO FOTOGRÁFICO

Familia Navas Gárate

RECOPILACIÓN DE FOTOGRAFÍAS

Judy Blankenship, Carlos Valverde

TÉCNICOS DE PRODUCCIÓN

Christian Tapia, Patricio Valladares

ESTUDIANTES

Jazmín León, Tamara Paucar, Sebastián Illescas, Ismael Matute

TERTULIANOS INVITADOS

Paúl Navas, Wilsón Gonzalez, Marco Siguenca, Susana Alvarado, Eusthela Muñoz, Martha Navas, Nilo Siguenca, Luis Cordova

COORDINACIÓN GENERAL

María Eugenia Vásquez	Jefa de Vinculación con la sociedad
Gemma Rosas	Responsable del Área de Cultura

CORRECCIÓN DE ESTILO

PhD (c) Paúl Miño Armijos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Propone.net / SE

FOTO DE PORTADA

Fiesta taurina, entrega de la plaza con Esthela Correa, Elsa Verdugo y Rafael Guamán (1953)

ISBN: 978-9942-27-270-6

e-ISBN: 978-9942-27-271-3

Universidad Católica de Cuenca, 2024

www.ucacue.edu.ec

Índice

Cañar, desde la mirada de Rigoberto Navas / Enrique Pozo Cabrera.....	4
Rigoberto Navas.....	7
Biografía / Priscila Ruiz Alvarado.....	9
Rigoberto Navas y yo en el laboratorio / Judy Blankenship	17
Imágenes del Cañar.....	23
Cañar, legado e historia.....	119
Cañar, un pueblo de historia milenaria / Marco Vinicio Vásquez.....	120
Historia y legado de la cultura Cañari / Carlos Valverde	128

Cañar, desde la mirada de Rigoberto Navas

Enrique Pozo Cabrera

El corazón y la mente son la verdadera lente de la cámara

Yousuf Karsh

El concepto de *tiempo*, subsecuente al de *humanidad*, demuestra que los elementos indefinibles son los que mayor impacto emotivo tienen sobre todas las nociones de vida y de mundo; es por esto que, pese a que se muestran volátiles y aparentemente intangibles, sí pueden ser medibles bajo el trazo, la nota y todas las formas que dan fulgor al encanto de la memoria. Tal es el caso de la fotografía, que no es aventurado entenderla como la unión del pasado con un presente, el suceso con su recuerdo y el ojo con la imagen: todo es una secuencia simbólica que permite un encuentro con la belleza en la amplia concepción de sus formas.

La fotografía permite que la realidad se dimensione en una pausa que se amplifica sobre la percepción de alguien que intenta resignificar la realidad de un modo inagotable y fijando una relación de

generosa intimidad con su mundo, más allá de la idea que se tenga de este. Por tal, hay una responsabilidad con los escenarios y los diversos espacios que se retratan, como bien lo demuestra el maestro cañareño Rigoberto Navas, cuyo lente se ha exaltado desde la amplitud de un paisaje hasta la expresión más dicente de un ciudadano que puede ser cualquiera de nosotros y cuyo vigor se revela en un simple *flash*.

Es, por lo dicho, la impostergable ocasión para rendir tributo a la historia, en esta dadivosa entrega que cuenta con la coordinación de la memorable retratista de los tiempos Judy Blankenship, quien recopiló los trabajos de nuestro fotógrafo, cubriendo el trecho de 1940 a 1960, tiempos en que el Ecuador contó con una decena de presidentes y los tan acostumbrados gestos de reinención civil que caracteriza

a esta orilla del mundo, pero que devela la necesidad constante de revitalizar el nexo indisoluble con nuestra historia y los registros de nuestra cultura, cuyo estandarte jamás debe dejar de levantarse.

El libro comienza con una referencialidad sobre la huella del maestro Navas, quien materializó sus inquietudes estéticas en el taller de artistas emblemáticos como Daniel Mogrovejo, Abraham Sarmiento y en la Escuela Nacional de Bellas Artes en Quito. Sus aprendizajes en las artes plásticas fueron gentilmente compartidos en instituciones educativas de la ciudad de Azogues, de manera comprometida con la construcción de nuevas colectividades y con un pensamiento marcadamente humanizador, en consonancia con lo definido por el fotógrafo austriaco Ernest Haas: “Eres tú y tu cámara. Las limitaciones que existan en tus fotografías son las mismas que las que puedas tener como persona, porque lo que vemos es lo que somos”.

Su ejercicio fotográfico no se restringía a la mera captura, pues es claro que su labor experimental se extendía hasta el laboratorio, el lápiz y con una abnegación formidable de la que se podría tener referencia en tiempos inediatistas como los actuales. ¿Por qué el Cañar? No es una casualidad superflua que este espacio reciba el mérito de su lente, pues es un escenario cargado de significados, registros simbólicos, costumbres y patrimonios que requieren de un ojo inquieto y un corazón dispuesto para hacerlo memorable, como se expone en el

capítulo sobre la historia milenaria del Cañar. Luego, la maestra Judy Blankenship comparte una sensitiva experiencia que tuvo en su laboratorio con la obra del profesor Navas y en que supone el compromiso por dejar este trabajo a la sociedad ecuatoriana.

Los retratos de escenas y costumbres demuestran el honor y fervor de la sociedad cañareña, como una manera de comprender lo que la fotógrafa australiana Anne Geddes menciona: “Las mejores imágenes son aquellas que retienen su fuerza e impacto a través de los años, a pesar del número de veces que son vistas”. Por consiguiente, se integran reflejos masivos de momentos imperecederos que causarán asombro y fascinación en el lector, en diversas locaciones que pueden ser resignificadas con este libro que el Alma máter dispone como regalo de gratitud y crédito al austro, en estas representaciones pictóricas que, aun en blanco y negro, incorporan tanto color... este tren que nos lleva al viaje con la memoria.





Rigoberto Navas

Es común ver en los álbumes de las familias de la ciudad, fotografías que rememoran sus principales celebraciones: primeras comuniones, bautizos, bodas, entre otras. El amor a la fotografía para el maestro era tal, que la cámara era su fiel compañera hasta en sus paseos cotidianos. La llevaba por sí en su camino algo le llamaba la atención. Es así que ahora podemos contar con una gran cantidad de imágenes que muestran a Cañar en sus diferentes etapas, sus paisajes, acontecimientos relevantes y celebraciones, que dan fe de su gran riqueza cultural.



Rigoberto Navas. Estudio Montalvo, Quito (1936)

Rigoberto Navas: biografía

Priscila Ruiz Alvarado

Rigoberto Virgilio Navas Calle nace en la ciudad de Azogues, provincia de Cañar, un 16 de mayo de 1911, hijo de Daniel Navas Merchán y Zenobia Calle Calle, quienes se dedicaban a la confección de sombreros de paja toquilla. Realiza sus estudios primarios en la escuela de los hermanos cristianos, donde da muestras de su inclinación por el arte, ganando su primer concurso de dibujo en la ciudad de Cuenca y luego en la ciudad de Quito, bajo la dirección del hermano José, su profesor de dibujo.

Luego de culminar sus estudios primarios, ingresa al taller del maestro don Daniel Mogrovejo, profesor de escultura y tallado en Azogues, donde permaneció por un lapso de dos años. Posteriormente, se traslada a la ciudad de Cuenca para recibir orientación del maestro don Abraham Sarmiento, así transcurre la segunda parte de su formación. Gracias a sus dotes artísticas, la municipalidad de Azogues le otorga una beca para que continúe sus estudios en la ciudad de Quito, en la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde permanece por cinco

años, obteniendo el título de profesor de escultura en 1937 (Navas & Navas, 2016).

En la Escuela de Bellas Artes se destaca por su talento desde el inicio. Durante los cinco primeros años cursa estudios de pintura, escultura y decoración, y los siguientes dos años decide dedicarlos a especializarse en escultura, su verdadera pasión. El sobresaliente desempeño en la institución educativa hace que sea seleccionado como parte de una delegación que viajaría a Caracas, con la finalidad de fundar una Escuela de Bellas Artes a semejanza de la quiteña. Dicha comitiva estaba conformada por Oswaldo Guayasamín, Manuel Ayabaca y Rigoberto Navas Calle, quien decide declinar la invitación por razones del corazón (Navas Gárate, 2018).

Al regresar a su ciudad natal, graduado como profesor de escultura, fue contratado en el colegio Juan Bautista Vásquez para dictar la asignatura de Dibujo, en donde laboró por un lapso de dos años, al tiempo que decide instalar un estudio fotográfico, oficio que no era muy requerido en la época. Contrae

matrimonio con la señorita María Evangelina Toledo Vélez, con quien procrea cuatro hijos, el primero de ellos un varón que fallece al nacer, Melba, Nila —quien muere a temprana edad a causa de la enfermedad de sarampión— y Beatriz. A la muerte de su esposa se muda a la ciudad de Cañar, en compañía de sus dos hijas, para incorporarse como profesor de dibujo en el colegio Andrés F. Córdova (Navas Gárate, 2018).

Ya establecido en Cañar, contrae segundas nupcias con la señorita Luz María Gárate Andrade, quien se desempeñaba como maestra en la escuela Santa Rosa de Lima, con quien procrea nueve hijos. En Cañar instala su estudio fotográfico ubicado en la calle Guayaquil. Al igual que en la ciudad de Azogues, en Cañar la fotografía no era una necesidad muy sentida, salvo cuando se requería para cedularse.

A su muerte, el 5 de septiembre de 2001, le sobreviven 14 hijos y en cada uno de ellos se distinguen ciertas aptitudes heredadas del Gran Maestro.

RIGOBERTO NAVAS Y LA DOCENCIA¹

Como se ha mencionado, en el campo de la docencia inició en el colegio Juan Bautista de la ciudad de Azogues, como profesor de dibujo. Posteriormente, pasó a trabajar en la escuela Emilio Abad de la misma ciudad, como profesor en la modalidad de contrato, para luego postular por una vacante en el colegio Andrés F. Córdova, en la ciudad de Cañar, que en sus inicios era conocido como Escuela de Artes y Oficios.

En los establecimientos donde prestó sus servicios como profesor de las asignaturas de Dibujo, Historia

del Arte, Historia, entre otras, se distinguió por ser un docente diferente, adelantado a su tiempo, ya que no creía en el modelo imperante en la época donde el maestro tenía la razón, poseía el conocimiento y el estudiante era el receptor. Él apostaba por despertar la curiosidad del alumno, promovía el debate, preparaba sus clases de tal manera que introducía preguntas que motivaran la participación y creatividad de los estudiantes. Afirmaba que vincular la teoría y la práctica era primordial para alcanzar lo que hoy conocemos como “aprendizaje significativo”, es decir, lo que se interioriza siempre se recuerda. En su labor también se pueden encontrar tintes del constructivismo, ya que se consideraba un mediador del aprendizaje y expresaba que “el maestro dota de las herramientas y el estudiante aprende” (Navas Gárate, 2018).

En las instituciones por donde pasó, dejó un legado de dedicación y compromiso, valores que se plasmaron en cada una de las actividades que necesitaban de su contingente. Por ejemplo, en la escuela Emilio Abad donó un busto del patrono del plantel; en el colegio Andrés F. Córdova gestionó los recursos necesarios para la implementación de un taller de cerámica, donde los estudiantes podían aprender desde el modelado hasta la pintura de diversas piezas, tanto ornamentales como utilitarias. Las funciones teatrales fueron otras actividades en las que participó activamente, proporcionando así a Cañar una expresión cultural diferente, que solo en las grandes ciudades podía apreciarse. Es así como el mencionado colegio siempre tuvo una muy buena acogida en las diferentes presentaciones que realizaba.

1 Datos proporcionados por el Sr. Lizandro Verdugo Martínez, citado en Navas Gárate (2018).



Monumento *Raza cañari*, Quito (1935-1937)



Obra *Fuerza y velocidad*, Quito (1935-1937)

En las retinas de los pobladores quedará grabado el recuerdo del primer carro alegórico que fue diseñado por el maestro, al cumplirse un año del milagro eucarístico en la ciudad de Cañar. En su elaboración participaron docentes y estudiantes del establecimiento educativo en donde sirvió por treinta años.

EL ARTE DE LA PINTURA Y LA ESCULTURA DE RIGOBERTO NAVAS CALLE

Para Rigoberto Navas Calle, el arte era la manera en que expresaba, a través de las formas y colores, su perspectiva del mundo, y en cada obra dejaba un poco de su ser. En el campo de la pintura, su producción fue muy prolífica, sus fuentes de inspiración fueron la naturaleza —ya que, a decir del artista, era un regalo de Dios y su magnificencia merecía ser plasmada en una obra de arte para el deleite de las personas— y escenas costumbristas de los indígenas del Cañar —tanto en sus fiestas como en las labores cotidianas del campo—. Llamaba mucho la atención del maestro la morfología del indígena, sus rasgos faciales y corporales marcados por las largas jornadas de trabajo agrícola (Navas Gárate, 2018). Los colores de la vestimenta de la mujer cañari fue otro atributo que supo capturar en sus obras. Las celebraciones del Corpus Christi y otras fiestas dedicadas a los santos formaban parte de su colección. Para el maestro, la pintura debía transmitir los sentimientos del retratado y del artista.

Las técnicas utilizadas por Rigoberto Navas eran el carboncillo, la acuarela y el óleo, siendo este último su preferido. Una mezcla de aceites y solventes que le permitían impregnar firmeza y profundidad en cada una de las capas del pigmento, así como la

variación de porciones de óleo mostrando una gama de calidades a su obra (Navas & Navas, 2016).

Su legado pictórico se compone de un sinnúmero de retratos de personajes como Simón Bolívar, Antonio José de Sucre, Andrés F. Córdova, Emilio Abad, José Peralta, entre otros personajes —mismos que reposan en los palacios municipales de Cañar y Azogues—, Cristo Jesús y la Virgen María en diferentes advocaciones, paisajes, retratos de indígenas cañaris, entre otros temas. Algunas de estas obras, que permanecen en los hogares de sus familiares y amigos, no dejan duda de la huella impregnada por sus maestros como Víctor Mideros, Eduardo Kigman, entre otros (Navas Gárate, 2018).

Al ser la escultura la especialidad escogida en sus tiempos de estudiante y la que practicó durante toda su vida, nos deja una amplia muestra de su capacidad y dotes de escultor. Navas Gárate (2018) cita al maestro:

La escultura es el arte de modelar el barro, tallar la piedra, u otros materiales. En la escultura se incluyen todas las artes de talla y cincel, junto con la fundición y el modelado y la formación para expresar la belleza (p. 151).

En sus obras se aprecia que la anatomía humana fue estudiada al detalle por el artista, al nivel de un estudiante de medicina, lo que le permitía representarla con precisión en cada una de sus obras, motivado por las enseñanzas de su profesor Luigi Cassadio. La escultura de bulto redondo, aquella que puede ser contemplada desde cualquier punto, gustaba mucho de la figura humana, es así como en su portafolio se encuentran bustos de personajes

ilustres, familiares y estatuas que reflejan la musculatura de los indígenas (Navas & Navas, 2016).

En su obra *El sueño del pastor* (1936) da muestra del detalle con el que se tallaron las proporciones de la silueta humana, así como la influencia de la escuela europea al destacar la musculatura humana. Esta escultura representa a un taita de la raza cañari que protege a su rebaño, un ser noble, pero al mismo tiempo fuerte y rebelde. En la época en la que se creó esta escultura, el ser indígena era considerado estar al servicio de los amos y por eso el artista sentía la necesidad de que nuevos líderes emerjan de las comunidades para entablar una lucha por una sociedad más justa e igualitaria. Esta obra fue su trabajo de grado de la Escuela de Bellas Artes, con unas dimensiones de nueve metros de alto por tres metros de ancho (Navas Gárate, 2018).

Muchas de sus esculturas se encuentran en la ciudad de Quito, como la de Jorge Juan, miembro de Misión Geodésica, que está en el Parque de La Alameda; además, comparte autoría con sus compañeros de estudio en el monumento en honor a Simón Bolívar, en *Génesis de la raza cañari*, entre otras. En Cañar y Azogues también hay esculturas elaboradas por Rigoberto Navas, como *busto de José Peralta* —en el colegio del mismo nombre, en la ciudad de Cañar—, *busto de San José de Calasanz* —que fue donado por el maestro al colegio— y *busto de Emilio Abad* (Navas Gárate, 2018).

EL ARTE DE LA FOTOGRAFÍA DE RIGOBERTO NAVAS CALLE

Tanto en Azogues como en Cañar, su estudio fotográfico fue testigo de muchos momentos que sus

clientes querían plasmar en el lente del genial artista. Para realizar su trabajo contaba con una cámara Compur, confeccionada en cuero y metal, y utilizaba placas de vidrio y celuloide, para obtener fotografías que en aquella época eran en blanco y negro. En el caso concreto de Cañar, su estudio fotográfico era el único, provocando así un cambio cultural en la ciudad. Las familias cañarenses empezaban a inmortalizar sus recuerdos y plasmaban los principales acontecimientos y celebraciones del cantón.

Rigoberto Navas realizaba el proceso de principio a fin, es decir, se encargaba de capturar la escena, para luego proceder a revelarla en su laboratorio siguiendo los pasos precisos para obtener el mejor resultado. Con intervalos de obscuridad absoluta y luego con un pequeño haz de luz roja se procedía a revelar la placa y luego la foto. El cálculo exacto de la cantidad de químicos y el juego de tiempos eran vitales para que el negativo y la foto tengan el balance perfecto de claros y oscuros. Los tamaños de las imágenes variaban gracias al manejo del amplificador. Cabe anotar que Rigoberto Navas Calle no solo fotografiaba, sino que él imponía su arte en las fotos retocándolas con un lápiz celosamente afinado para corregir alguna imperfección que el ojo del maestro detectaba, entregando así a sus clientes un producto de gran calidad que satisfacía sus expectativas (Navas & Navas, 2016).

Su filosofía y mística de trabajo se reflejaba en la calidad de sus fotos, para lo que exigía mucho de quienes acudían a su estudio. Si el retrato era para la cédula el cliente tenía que acudir de traje, ya que, a decir de Navas & Navas (2016), no capturaba solamente la belleza física, sino la esencia del ser humano que se reflejaba en sus actitudes, valores



Rigoberto Navas como pintor



Profesores del colegio Andrés F. Córdova: Rigoberto Navas, Mario Bermúdez y Gerardo Correa Santacruz

y emociones. En las grandes ciudades se hablaba ya de las fotografías a color, ante lo cual el maestro suplía este servicio con pintura al óleo sobre las fotos en blanco y negro. En los años 60 asume una nueva dinámica en su trabajo, que consistía en completar el rollo y lo enviaba a Cuenca para ser revelado, cumpliendo así con la demanda de fotos a color.

Asimismo, no se puede omitir que tuvo la fortuna de perennizar el milagro eucarístico ocurrido en 1958: la aparición de Jesús en la hostia consagrada en el altar de la Capilla de San Antonio.

Otra faceta del maestro en torno a la fotografía es su colaboración con don Alfonso María Arce Vásquez, fundador del primer periódico de Cañar, *El Carácter*, donde era el encargado de llevar la noticia gráfica al rotativo, actividad que hacía de manera gratuita. En el libro Centenario *El Carácter* se hace alusión a esta colaboración:

Rigoberto Navas Calle maestro, pintor, dibujante, autor de innumerables obras que se expusieron en escenarios de la provincia y el país. Con su estilo óptico, a través de la cámara oscura acompañó con ilustraciones gráficas, a Don Alfonso María Arce Vásquez en las ediciones de El Carácter, que, al igual que el lienzo y el pincel, lo convirtió en una pieza imprescindible para expresar sus emociones (Gobierno Autónomo, 2015 p. 9).

LA CINEMATOGRAFÍA EN CAÑAR

La ciudad de Cañar contó con una sala de cine, según entrevista al Sr. Galo Carvajal, quien inicia diciendo que Aurelio Andrade poseía un proyector de películas de 16 mm y alquiló un espacio al Municipio para la

proyección de los filmes. Luego de que Andrade dejara Cañar para radicarse en la ciudad de Quito, Rigoberto Navas aprovechó la oportunidad para rentar el local e instalar un cine profesional en la ciudad. Ya con el local, se contactó con los propietarios de un cine en Machala que había cerrado, para adquirir sus equipos y herramientas necesarias para la proyección de películas de 35 mm: parlantes, consola de amplificación, generador de luz y dos máquinas de proyección que hacían posible una visión continua de la cinta. El nuevo cine toma el nombre de Cine Cañar.

Rigoberto Navas se apoya en amigos, familiares y conocidos quienes tenían conocimientos en lo que respecta a la instalación, manejo y otras actividades necesarias para la implementación del cine. Un profesor del colegio técnico —de quien no se conoce su nombre de pila y su sobrenombre era “Carpincho”, oriundo de la ciudad de Cuenca— sería el encargado de la instalación de los equipos. Estas máquinas funcionaban con carbones que proveían de un rayo de luz al lente de proyección, que tenían que ser cambiados con cierta periodicidad para su normal funcionamiento. Manuel Santacruz, quien vivía en la ciudad de Guayaquil y trabajaba en un centro donde se alquilaban películas de 35 mm, se encargó del manejo de los equipos por una larga temporada, hasta que Galo Carvajal, asiduo cliente del cine y poseedor de una habilidad innata para este oficio, fue invitado a trabajar en la sala de proyección y quedó a cargo de esta responsabilidad. Del lado de la familia de Rigoberto Navas, Beatriz Navas Toledo era la encargada de la boletería. Nectáreo Gárate, su suegro, estaba en la puerta recibiendo los boletos de entrada. Julio Tobías García Gárate sustituye a Rogerio Ordoñez, quien a su vez sustituyó a Santacruz.

Como anécdota se cuenta que en ese tiempo la luz eléctrica no era suficiente para abastecer la demanda de la población, por tal razón uno de sus colaboradores se encargaba de apagar el transformador del parque central dejando a las inmediaciones en una completa obscuridad. Esta actividad era socialmente aceptada ya que el beneficio era para todos quienes buscaban en el cine momentos de distracción.

La promoción de la programación se difundía a través de carteles que eran ubicados en lugares estratégicos de la ciudad, la calle Tres de Noviembre, el Parque Central y en las calles Sucre y Pichincha, datos que proporcionan de alguna manera los límites del perímetro del centro de Cañar. Las funciones eran los días viernes, sábado y domingo en horarios de matiné, a las seis de la tarde, y una en la noche, cuando la cinta a proyectar era taquillera. Las películas que más gustaban al público eran las de Cantinflas, Pedro Infante, Tin Tan y Resortes, es decir, las películas mexicanas. Entre las más recordadas destacan *Los Diez Mandamientos* y *El derecho de los pobres*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gobierno Autónomo, D. I. del C. C. (GADICC). (2015). *Centenario "El Carácter"*.
- Navas Gárate, G. (2018). *El Maestro Rigoberto Navas Calle Vida y Obras*.
- Navas, M., & Navas, P. (2016). 15 Años de la Partida del Maestro Rigoberto Navas Calle. *Diario La Portada*.

Rigoberto Navas y yo en el laboratorio

Judy Blankenship

Mi primer encuentro cercano con el fotógrafo Rigoberto Navas ocurrió en mi cuarto oscuro en Cañar en abril, 2010. La lenta aparición de imágenes de los negativos en placas de vidrio del señor Navas en mis químicos reveladores abría una ventana a un mundo desconocido: la vida en el Cañar de mediados del siglo XX, un pequeño pueblo de mercado enclavado en los Andes del sur de Ecuador.

Aquí estaba la Banda Municipal de Cantón Cañar en 1950, un orgulloso grupo de diecinueve hombres y jóvenes con sus instrumentos de metal. Y ¿quién era ese joven y apuesto Doctor Ezequiel Clavijo Martínez, mirando fijamente a la cámara con un bolígrafo, papel y estantes llenos de libros detrás de él? (Luego supe que era un filósofo, profesor, político y poeta que escribió el himno del Cantón Cañar).

Sin embargo, fue el retrato de una joven pareja lo que más me cautivó. En el estudio de Navas en lo que quizás fuera un retrato de bodas, dada la seriedad de sus miradas

hacia la cámara, la mujer estaba descalza, mientras que el hombre llevaba oshotas. Su brazo la rodea por los hombros, sus manos están firmemente sujetas en su cintura y junto a ellos en la pared del estudio hay un anuncio de cartón de un auto Ford de 1951. ¿Quiénes eran? ¿De dónde eran? ¿Por qué ella está descalza? ¿Por qué el cartón en la pared? Como fotógrafa documental con formación en ciencias sociales, todo eso prendió mi curiosidad.. Quería saber más.

Unas semanas antes, Paul Navas, el penúltimo hijo de Rigoberto y también fotógrafo, había venido a mi casa con su hermana Martha, llevando consigo una pequeña caja de negativos en vidrio. Me preguntaron si podía hacer fotografías para una exhibición en Azogues. Parecía que habían oído hablar de mí como fotógrafa con cuarto oscuro y, además, como la única extranjera que vivía en ese entonces en Cañar. Aunque no recordaba haber conocido a Paul y Martha antes de ese día, a menudo pasaba por su casa familiar en la calle Sucre, identificada por un letrero que decía Foto

Estudio Navas. Mi instinto me incitaba a llamar a la puerta y entrar.

No había muchos estudios fotográficos en el pequeño pueblo de Cañar. Años atrás, había entrenado a dos fotógrafos cañaris, José Miguel Acero y María Esthela Mainato, quienes habían establecido el Estudio Inti en la calle Guayaquil. El estudio continúa operando en la actualidad bajo la propiedad de la señora Mainato.

“Por supuesto”, le dije a Paul y Martha. “Estoy encantada de hacer las impresiones”. Este primer encuentro ocurrió alrededor del 2009, un momento que marcó el inicio de una amistad y colaboración que perduraría hasta el día de hoy, culminando en la publicación de este libro.

Mi ampliadora no era adecuada para acomodar los negativos grandes, aproximadamente de 10 x 12 cm., así que hice impresiones de contacto, un método en el cual las placas de vidrio se colocan directamente sobre el papel fotográfico, se exponen a la luz de la ampliadora y se revelan mediante productos químicos. Después del enjuague final y el secado, examiné las fotografías en blanco y negro de esa sesión de 2009 y quedé asombrada por la notable nitidez de esos negativos de 60 años de antigüedad.

Más allá de su nitidez, quedé cautivada por la crónica visual de un mundo que se desplegaba ante mí. Aunque había trabajado como fotógrafa en la zona durante varias décadas y desde el 2005 vivía en Cañar seis meses al año, mi trabajo se centraba en áreas rurales: documentando aldeas cañaris, fiestas, bodas y bautizos. Mi conocimiento de la vida en la ciudad se limitaba a las calles por las que caminaba y las tiendas

que frecuentaba. Ahora, quería saber más. ¿Quiénes eran estas personas? ¿Seguían vivos?

Hice dos copias de cada hoja de contacto, una para mi escáner digital y la otra para la familia Navas. Con cuidado, apilé los delicados negativos de placas de vidrio de nuevo en la caja, ya ideando un nuevo proyecto basado en Cañar.

Una tarde después, entregué los negativos y las fotos a la familia Navas, en su casa de la calle Abdón Calderón. Martha, quien vive allí con su madre, me invitó a unirme a una reunión de miembros de la familia en la mesa de la comedor; un punto de encuentro común donde los hijos adultos y los nietos de los Navas se reúnen todas las tardes para tomar café, comer bollos y queso o tamales.

La matriarca, Luz María Gárate, se sentó en la cabecera de la mesa, llevaba puestos guantes de lana y lucía digna. Aunque conversaba poco, su presencia atenta hablaba por sí sola. “¿Cómo está?”, me saludó. “¿La vida bonita? Toma un poco de pan y café”. Martha me preparó un café con leche, delicioso, ya que tenía hambre y frío. El comedor es acogedor y cálido. Con el tiempo, me convertí en parte de esta tradición vespertina y, a través de ella, llegué a conocer más a la familia Navas que vivía en Cañar.

Entregué las hojas de contacto con el primer conjunto de fotos y todos trataron entusiasmados de identificar quién era quién, utilizando nombres abreviados: “Dios mío, es Tuta en su Primera Comunión, ahí está Luli...”. Lamentablemente, no capturé ese momento con una fotografía. Siendo especialmente cortés al conocer a la familia por primera vez, no llevé mi cámara a esta primera reunión. Ojalá lo hubiera hecho.

Antes de marcharme, le pregunté a Martha si podía regresar por más negativos. Acordamos que la siguiente semana Martha tendría listo el antiguo “estudio” de los Navas para que yo examinara más negativos y decidiera qué hacer a continuación. “¡Nos encerraremos y trabajaremos!” dijo. A partir de ese momento, Martha Navas asumió el papel de mi guía principal y compañera en descubrir el legado fotográfico de su padre (con la ayuda de Paul, Milton, Beatrice y Goethe).

Una semana después, subí la colina hasta la casa de los Navas, emocionada por ver lo que encontraría. Martha me guió hasta el segundo piso, el mismo espacio donde su padre había mantenido su estudio durante 54 años. Ella abrió la puerta de un armario grande que antes había sido el cuarto oscuro de Rigoberto. En su interior, alcancé a vislumbrar una antigua ampliadora, bolsas y cajas de productos químicos de hacía medio siglo, una o dos cámaras antiguas y estantes llenos de negativos. Entre ellos, había placas de vidrio grandes de las décadas de 1930 a 1950, aún en sus cajas originales, así como montones de negativos más pequeños de celuloide. Sosteniendo algunos contra la luz, seleccioné alrededor de 20 para llevar a casa. Luego compartimos un café en la comedor con la señora Luz María y la familia.

Este proceso se repitió a lo largo de uno o dos años. Cada cierta semana, durante los seis meses que viví en Cañar, llevaba a casa una caja de negativos, los imprimía y escaneaba, y luego los devolvía a Martha para hacer otra selección. Después de haber impreso quizás unas 100 fotos, comencé a pensar en cómo podríamos organizarlas. Ya estaba creando un archivo

digital de mis fotos para la Universidad de Texas en Austin, por lo que reconocí la necesidad de nombres, fechas y contexto. Con la ayuda de Martha y otros en Cañar con buena memoria, como el Dr. Wilson González, comencé el laborioso proceso de crear el archivo Navas.

En junio de 2011, en colaboración con el departamento de cultura del Municipio de Cañar, los estudiantes de Marco Vinicio Vásquez, entonces rector de la Universidad José Peralta en Cañar, junto con la familia Navas, organizamos una exposición de fotografías de Rigoberto Navas en una galería del municipio. La exposición presentó cerca de 100 fotos, junto con cámaras y otros equipos del estudio Navas. El evento resultó ser un rotundo éxito. Personas de diversos rincones del pueblo vinieron, descubriendo a sus abuelos, padres o a sí mismos en las fotografías de retratos escolares, equipos de fútbol, profesores y reinas, primeras comuniones, entre otros.

Alrededor de 2014, en una visita a Quito, visité el archivo fotográfico del INPC (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural) y mostré al equipo ejemplos de las fotos de Navas. Quedaron impresionados. Les expliqué nuestro objetivo de que la colección formara parte del archivo fotográfico nacional, similar a la colección de Manuel Jesús Serrano de Cuenca y otros. Pero aún quedaban cientos, si no miles, de negativos de Navas sin escanear. ¿Podrían ayudar? Reconociendo la importancia del proyecto, el INPC acordó enviar un equipo de tres técnicos a Cañar y, durante varios días, escanearon miles de negativos adicionales. Sin embargo, limitaciones presupuestarias y un cambio en el gobierno significaron que el proyecto no avanzó más allá.

Mientras tanto, mi esposo Michael Jenkins y yo habíamos construido una casa en Cañar, en la comuna de Chaglaban, y seguimos viviendo en nuestra casa de Cañar durante seis meses al año. Publiqué mi segundo libro sobre nuestra vida aquí con la University of Texas Press: *Nuestra Casa en las Nubes: Construyendo una Segunda Vida en los Andes de Ecuador*.

En 2020, confinada por la pandemia y en un arrebato de actividad, un día imprimí alrededor de 150 fotos de Rigoberto Navas en mi impresora doméstica. Dedicué varios días a ensamblar un libro de muestra utilizando los recursos que tenía a mano: papel, tijeras y pegamento. Inspirándome en una serie de libros de fotos que detallaban las ciudades ecuatorianas en el siglo XX, estaba decidida a demostrar que la colección Navas merecía estar al alcance de todo Ecuador.

La respuesta fue muy positiva por parte de todos los que tuvieron la oportunidad de verlo. El Departamento de Cultura del Municipio de Cañar hizo eco de este entusiasmo y expresó su compromiso de crear un libro que estaría disponible para el público. Les entregué mi libro de muestra por un período de seis meses, creyendo que el progreso estaba en marcha. Sin embargo, con el tiempo, quedó claro que el presupuesto necesario para la impresión estaba más allá de sus posibilidades. Además, debido a su condición de institución pública, la venta del libro presentaba limitaciones. Al final, a pesar de sus intenciones iniciales, el Municipio de Cañar no pudo llevar el proyecto a buen término.

Después de eso, llevé el libro de muestra en mi mochila a reuniones y encuentros, ya fueran de negocios o sociales, decidida a mantener viva la idea y

explorar diferentes posibilidades. Sacaría el libro, que con el tiempo comenzaba a verse un poco desgastado, “Por cierto...”, diría, “¿puedo mostrarles algunas fotos de Cañar?” En una de esas reuniones, en 2022 en la Casa de la Cultura en Azogues, que incluyó a personal de la Universidad Católica de Cuenca, tuve suerte. El libro que tienes en tus manos es el resultado directo de esa reunión.

Quiero agradecer a todos los que han formado parte del extendido Proyecto Rigoberto Navas, comenzando por la familia Navas. En especial a Martha Navas, sin cuya colaboración este libro no existiría. Ella me permitió el acceso al cuarto oscuro de su padre, con sus negativos y fotografías. A esas instituciones, tanto nacionales como locales, que mostraron interés pero que, por diversas razones, no pudieron financiar la publicación del libro. A mis amigos en Cañar y en Cuenca que se maravillaron con las fotos y me ayudaron a mantener la visión del valor de un libro. A la Universidad Católica de Cuenca y su equipo. Anita Tapia (la primera en mostrar interés en el libro de muestra); a Carlos Valverde, docente de Carrera de Comunicación, Periodismo y Producción Multimedia; a Gemma Rosas, responsable del Área de Cultura; a Priscila Ruiz, Coordinadora General del Campus Cañar; y al colaborador en el ensayo, Marco Vinicio Vásquez.

Finalmente, la gente de Cañar merece mi profundo agradecimiento por aceptarme tan generosamente como forastera y permitirme entrar en sus hogares para examinar sus valiosos álbumes de fotos familiares en busca de aún más retratos de Rigoberto Navas, el incansable documentalista visual de mediados del siglo Cañar, Ecuador.



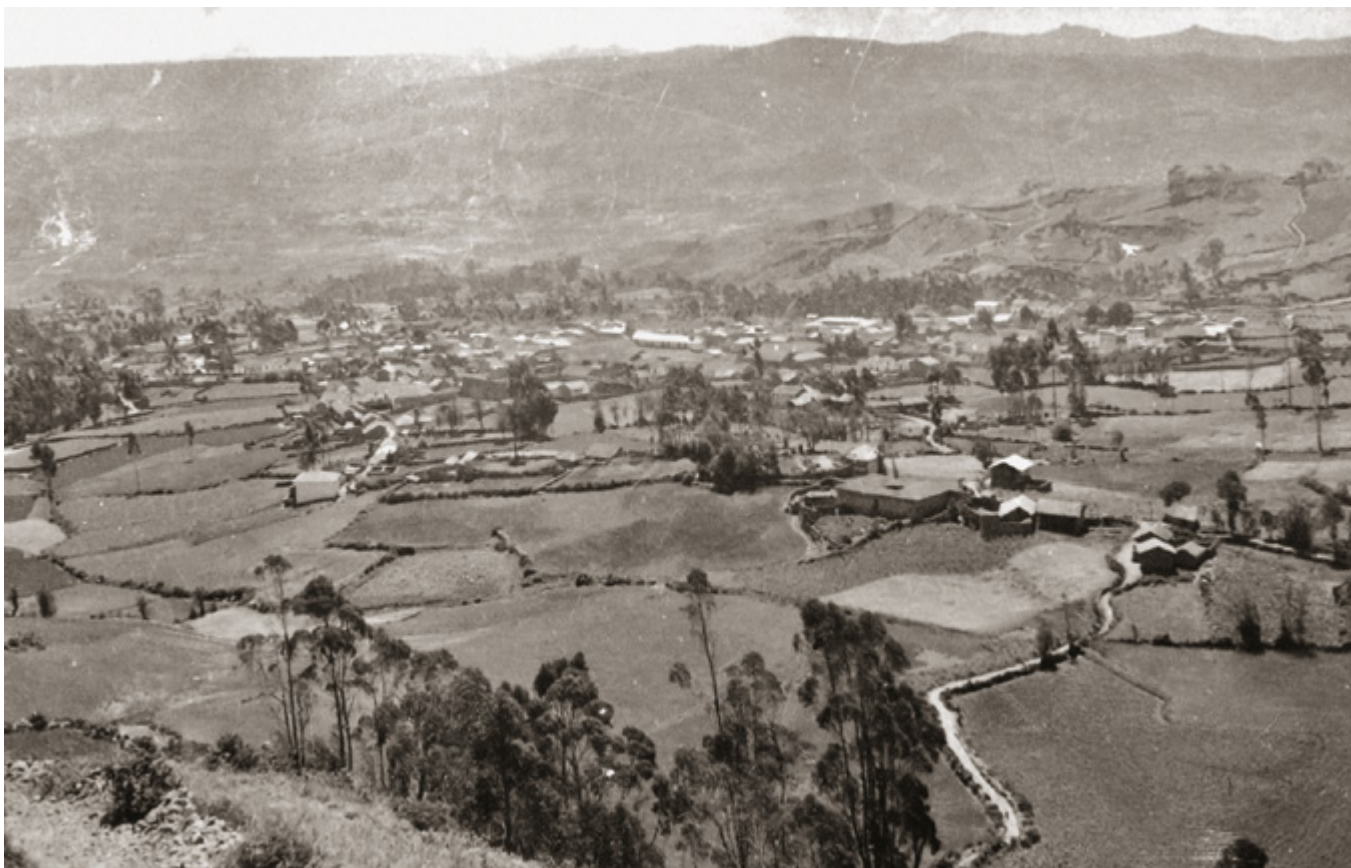
Estudio de Rigoberto Navas (2023)





Imágenes del Cañar

Martha Navas abrió la puerta de un armario grande que antes había sido el cuarto oscuro de su papá. En su interior, alcancé a vislumbrar una antigua ampliadora, bolsas y cajas de productos químicos de hacía medio siglo, una o dos cámaras antiguas y estantes llenos de negativos. Entre ellos, había placas de vidrio grandes de las décadas de 1930 a 1950, aún en sus cajas originales, así como montones de negativos más pequeños de celuloide.



Panorámica antigua de Cañar



Iglesia antigua de Cañar

Construida entre 1895 y 1900 con piedras de Ingapirca, por el sacerdote Roberto María Valencia, bajo de la Arquidiócesis de Cuenca. La iglesia antigua fue construida de madera y el altar mayor y el coro fue construido por el gran carpintero y ebanista Celidonia Rodríguez (don Zhilco). Al otro lado de la iglesia está la escuela Martínez Andrade. Se llama así porque el financiamiento para la construcción y mantenimiento vino de don José Martínez Amoroso y la señorita Griselda Andrade. Posteriormente, hubo una donación del ingeniero Alfonso Andrade Ochoa.



Parque Simón Bolívar, construido en la primera mitad del siglo XX

Las casas de izquierda a derecha son: familia Santacruz Clavijo, familia Muñoz Alvarado, familia Martínez Espinosa (padres de Nela Martínez Espinosa), familia Espinosa Chacón y familia Moscoso Espinosa.



Iglesia antigua

Se dice que el reloj en la torre de la iglesia fue construido en Alemania y el padre lo trajo para instalarlo en la hacienda, en Honorato Vázquez.



Panorámica de Cañar, tomada desde la colina de San Antonio (1959)

La avenida San Antonio fue construida después del milagro eucarístico, así como la carretera Panamericana que va hacia Cuenca o Quito.



Vista General del Hospital San Clemente -Cañar

Foto Navas

El hospital y la capilla de San Clemente en construcción (1965)

Su nombre viene de la hacienda San Clemente que se hallaba en ese sector. La dueña era la señora Alegría Clavijo y donó el terreno al Gobierno para que se construyera el primer hospital de Cañar. El primer director del hospital fue Luis Roberto Chacón Rumba, un cuencano que se radicó en Cañar la mayor parte de su vida. Luego fue profesor en el colegio José Peralta.

Cara del Inca (1950)





Excursión a Ingapirca de los docentes del colegio Andrés F. Córdova



Capilla de San Clemente (1965)

Construcción de las gradas de acceso principal, al lado del hospital.



Monjas dominicanas del hospital San Clemente

El Hospital San Clemente, encargado a las religiosas dominicanas. Su rectora era la madre Clara.



Ezequiel Clavijo Martínez

Jurista, filósofo, escritor de poesía y del himno de Cañar. Nacido en el cantón Cañar el 28 de agosto de 1924, hijo de Ezequiel Clavijo Loza y de Carmen Martínez. Fue diputado de la provincia de Cañar al Congreso Nacional de Ecuador, profesor del colegio José Peralta y rector del colegio Andrés F. Córdova. Escribió *La cantonización de Cañar en la historia* (monografía) y *Canto a las ruinas de la fortaleza de Ingapirca* (poesía). Fue miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana núcleo de Cañar y murió en la ciudad de Cuenca.



Alumnos y alumnas de colegio José Peralta celebrando el Día de la Bandera

El colegio fue fundado por don Aristeo León Carpio, presidente del Consejo del Municipio de Cañar, y funcionó en la casa de Luis Fernando Martínez (hasta ahora está en el mismo lugar). Al inicio el Municipio atendía los gastos del colegio. El primer rector fue el abogado Luis Manuel Gonzales Rodas, de Azogues. El nombre del colegio se puso en honor José Bartolomé Peralta (1855-1937), un político liberal, senador, ministro y periodista nacido en Chaupiyunga, Gualleturo, cantón Cañar. En agosto 1906 intervino en la Asamblea Nacional Constituyente como diputado por Cañar y formó parte de la comisión que elaboró la Constitución de 1906, que contiene los principales postulados de la revolución Liberal.

Custodia del milagro eucarístico

El martes 24 de junio de 1958, Cañar fue testigo de un milagro eucarístico ocurrido en la capilla de San Antonio, ubicada a 3260 msnm. En ese día Jesucristo se mostró a los fieles de diversas maneras, especialmente con la imagen de la Santa Faz, en figura de Corazón de Jesús. Esta noticia fue conocida a nivel nacional e internacional, y acudieron al lugar sacerdotes y obispos liderados por el párroco Manuel Andrade, confirmándose así el milagro.





Misa campal celebrando el milagro eucarístico en la ciudad de Cañar
(1 de julio de 1958)



Exposición del Centro Agrícola Cantonal por las fiestas de cantonización de Cañar

El Centro Agrícola Cantonal organizaba la exposición de los mejores ejemplares de las haciendas. En la foto se observa el caballo de don Alfonso Muñoz Andrade y su cuidador.



Feria de ganado

Ahora, el coliseo *Los Cañaris*.



Taller de costura con las madres de Santa Rosa de Lima y sor Melania Tello

De izquierda a derecha: Teresa Andrade Espinosa, Blanca Molina Alvarado, Inés Mirando Muñoz, Sor Melania Tello (dominicana), Nelly Vázquez Vázquez, Inés Olympia Correa Martínez, Celina Muñoz Iglesias, (sentadas) Carmela Correa Martínez y Elvia Granda Ortiz.



Taller de carpintería en la escuela de Artes y Oficios, colegio Andrés F. Córdoba (1951)

Alumnos de taller de carpintería con el rector Aurelio Maldonado (a la derecha).



Trabajo comunitario (minga)



Entechado (minga)



Niñas en la procesi3n de Corpus Christi (1955)

Parque Central de Cañar.



Procesión por las festividades de Corpus Christi (1955)

Jóvenes en el baile del Tucumán durante las festividades de Corpus Christi.



Niñas cantoras en la procesión de Corpus Christi, en el Parque Central de Cañar
(1955)



**Niño mayoral en la
procesión de Corpus
Christi en el Parque
Central de Cañar (1955)**

Vistiendo el zamarro de lana de oveja portando la quiya, que es un instrumento de concha que sirve para anunciar el inicio de un evento.

Campesino con su perro





Trabajadores de hacienda en su día de descanso

Portan una radio y chicotes
(látigo con mango de madera).



Niñas de la escuela Santa Rosa



Madres de Santa Rosa de Lima y profesores en la escuela Santa Rosa (1950)

A su llegada al cantón Cañar con la madre María Marcel Rostaing, el 27 de enero de 1950. El joven con la guitarra en frente es Edmundo Navas, hijo mayor de Rigoberto Navas.



Equipos deportivos norte y sur con sus madriñas (1949)



Equipos deportivos centro y sur con sus madrinas (1949)

Reina del colegio José
Peralta, Marina Quezada





Carmita Correa Espinosa

Eduardo Pacheco con espejo, técnica del fotógrafo para reflejar la luz sobre el sujeto.



Susana Ochoa de El Tambo en su primera comunión



La reina Isabel León Palacios y su corte de honor en el colegio Andrés F. Córdova (1954)

Inés Correa, Gil Boronel, Bertha Moncayo, José Andrade, (s/n), Enrique León, Humberto Amoroso, la reina, Guillermo Espinoza, Teresa León, Carlos Abad, Raquel Cárdenas, Gilberto Amoroso y Beatriz Moncayo. Adelante las niñas Estrella Molina y Carmita Correa, en el colegio Andrés F. Córdova.



Alumnos de colegio Andrés F. Córdova (1955)

Preparándose para una clase de gimnasia, con la inspectora general Blanca Coronel (centro). El nombre del colegio se puso en honor a Andrés F. Córdova Nieto.



**Presidente Andrés F.
Córdova**

Nacido en Cañar (1892-1983), jurista, ministro, político y catedrático universitario. Fue presidente encargado del Ecuador en el periodo 1939-1940.

Danzantes de La Mama
Danza Cañari de la
comunidad General
Morales





Músicos cañaris con
bombo y violín

Músicos con flautas (i-d)
Melchor Morocho Aguaysa
y José María Pichazaca
Aguaysa





Celebración de la minga de cosecha con parva de trigo y bocina



Visita del padre Augustine Toreal de España con su delegación
y el padre Ángel María Iglesias (1964)

Para averiguar la posibilidad de traer padres escolapios para ser profesores en la escuela Martínez Andrade. En la foto aparecen, de izquierda a derecha: padre Ángel María Iglesias, (s/n), (s/n), obispo de Cuenca Manuel de Jesús Serrano, padre Augustine Toreal, padre Martínez (s/n). En esa época, el embajador del Ecuador al Vaticano era Carlos Molina, cañarejo y quizás le pidieron que buscara algunos sacerdotes para venir a Cañar. En esta época el padre Iglesias fue el ayudante de la parroquia.



Niñas de la escuela Marianita de Jesús, cantón El Tambo



Equipo de mujeres del colegio Andrés F. Córdova (1955)

De izquierda a derecha: Melba Navas Toledo, Astrid Alvarado, Bertha Moncayo Correa, Esthela Correa, Ligia Calderón Martínez, Bety Castillo. Rector Carlos Abad Muñoz, profesor Gil Coronel.



Equipo de varones del colegio José Peralta (1960)

Entre sus integrantes destacan: “Suco” Muñoz, Rigoberto Bernal, Raúl Miranda, Estrella Molina (niña), Melva Navas Toledo (madrina), Carlos Verdugo, Abelardo Garate, Bolívar Quezada.



Primera promoción del colegio José Peralta, con profesores y alumnos (1950)



Coronación de la reina del colegio José Peralta

Con Mario Cárdenas, Luis Correa Garate, Homero Molina Correa y Lola Noboa.

Profesores de escuela
Simón Bolívar

Entre quienes destacan:
Oscar Pinos, Manuel
Crespo, la señora Ávila y
César Martínez.





Docentes y alumnos de la escuela Simón Bolívar (1955)



Docentes del colegio José Peralta



Alumnos y profesores de escuela Martínez Andrade

Ricardo Correa, Ángel Murmdumbay, Padre Laudelino Quijada, Jorge Urdiales, Patricio Urgilés, Ricardo Padrón, César Pillaga Eugenio Navas, Osvaldo Quezada, Florentín Muñoz, Sergio Ochoa, Guillermo Solía, entre otros.

Danzante de La Mama
Danza Cañari



Página opuesta:

Minga de cosecha en la
hacienda Guantug (1950)





Manifestación de comunidades indígenas y campesinas



Padre Ángel María Iglesias en una minga con la comunidad de Cuchucún

Primer sacerdote de Cañar.

Padre Ángel María Iglesias
en la primera comunión
de Lucía Padrón Iglesias y
Elena Amorosa Iglesias





Primera comunión de Napoleón Vicuña (1953)



Banda Municipal del Cantón Cañar (1950)

Con su director Rodolfo Muñoz a la derecha. Algunos de los músicos: Ricardo Pillaga, Julio Serpa, José Flores, Humberto Martínez, César Espinoza y Noé Suárez. Los integrantes de la banda municipal recibían una pequeña renta del Municipio y les daban los instrumentos y uniformes para ganar dinero por contratos en las fiestas de Carnaval, Navidad o Corpus Christi.



Banda de Guerra de la escuela Simón Bolívar

Carro alegórico en
las festividades de
la Independencia de
Cuenca (1954)

Niñas y niños del jardín
de infantes representando
a Cuenca y Cañar en
las festividades de la
Independencia de Cuenca,
el 3 de noviembre.





Escuela Santa Rosa con las niñas de la primera comunión



Alumnos y docentes de la escuela Simón Bolívar

En una representación artística en la hacienda Iza Vieja, cerca de Cañar.



Fiesta taurina, entrega de la plaza con Esthela Correa y Elsa Verdugo
Con Rafael Guamán y otro acompañante.



Celebración de fiestas patronales de San Antonio con *rukuyayas*
y baile del Tucumán



Misa campal celebrando el primer año del milagro eucarístico en San Antonio (1959)



Baile del Tucumán y llegada de las escaramuzas en la plaza Atahualpa por las fiestas de San Antonio (1950)



Mery Martin -artista argentina- en la calle Guayaquil, frente al teatro Cañar



Tren llegando de Cañar a Azogues



Puente ferroviario entre Cañar y Azogues

Retrato familiar de César
Padrón Martínez y su
esposa Carmela Correa

Con sus hijos César Padrón
Correa y Saida Padrón Correa.





Fotografía de estudio (1951)

Segadores de
San Rafael





Hombres de Cuchucún con zamarros y chicotes

De izquierda a derecha,
Mariano Zhinín, Manuel
Jesús Pichisaca Huerta,
Juan Pedro Buscán y (en
frente) sin nombre.



Los primeros escolapios que llegaron de España para ser profesores en la escuela Martínez Andrade (16 de noviembre de 1964)

Padre Enrique Serra Martínez, padre Laudelino Quijada y padre Horacio Hernández. Los profesores son: Augustine Garate, Luis Clavijo, Gustavo Buñay, Manuel Amoroso, Nelson Crespo, Víctor Muñoz y Aurelio Andrade.



Familia Inga

Junto a la parva de cebada.

Retrato de estudio de
Amada Quishpi





Fotografía de estudio

Retrato de estudio





Retrato de estudio

Fotografía de estudio de
Martha Navas Gárate

Hija de Rigoberto Navas
y Luz María Gárate.





Retrato de estudio
de la señora Luz
María Gárate

Esposa de Rigoberto
Navas.

Fotografía de estudio





Fotografía de estudio

Martha Navas Gárate
como reina de Quito (6 de
diciembre de 1965)





Niño disfrazado con
zamarros (6 de diciembre
de 1965)

Fotografía de estudio





Fotografía en exterior

Fotografía de estudio





Fotografía de estudio

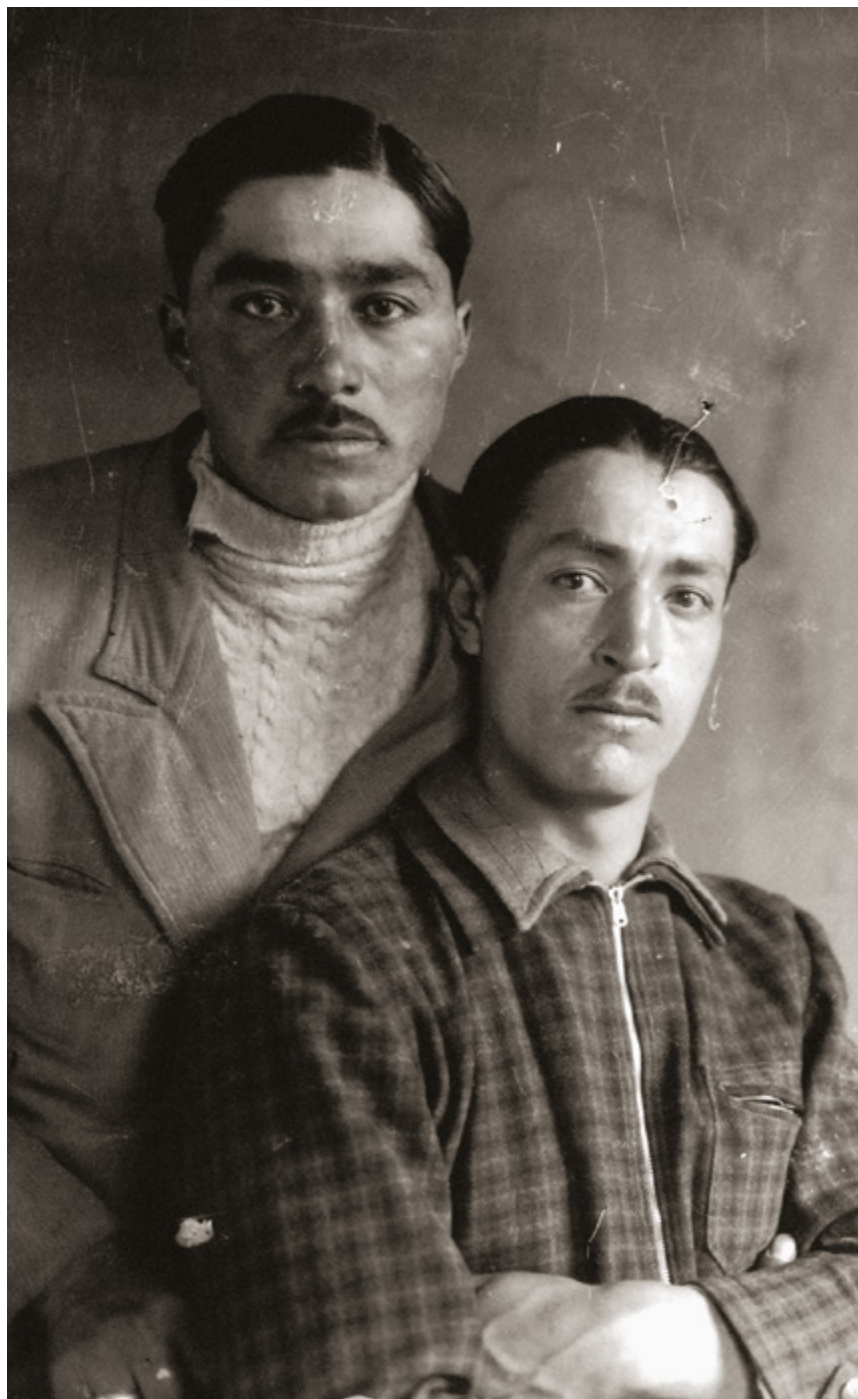
Retrato de estudio





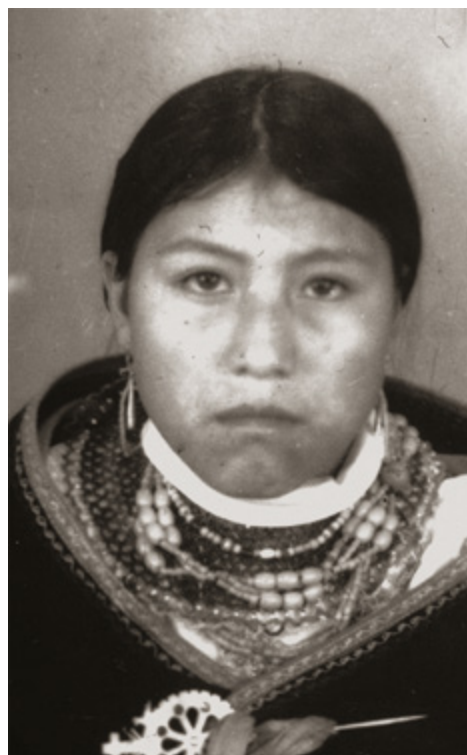
Rafael Padrón Martínez

Retrato de estudio





Fotografía de estudio



Fotografías para cedulación



Placa de fotografías para cedulaación, trámites personales y matrículas de escuelas y colegios





Cañar, legado e historia

Los pueblos, entes vivos y de calor latente, guardan dentro de sus fachadas envejecidas, lo amalgamado por el tiempo, descubrirlo es un deleite, hace que se confunda la historia con la anécdota para mostrar el presente como una consecuencia lógica de hechos y circunstancias, creando escenarios de incertidumbre donde todo es interpretable, donde la verdad se articula de verbos subjetivos y formas de sentimiento.

Cañar, un pueblo de historia milenaria, con una arquitectura que condensa y confunde las épocas en un mensaje que aún está por entenderse, que merece el esfuerzo del investigador a fin de explicar su pasado, entender su presente y proyectar su futuro.

Cañar, un pueblo de historia milenaria

Marco Vinicio Vásquez

Está firme entre los Andes con su orgullo de cóndor dormitado, guardando con jactancia el pasado, mirando el mañana con avidez.

Su tierra es fértil y generosa, su amanecer es prometedor, brindando abrigo esperanzador a quien de su espacio goza.

Los pueblos, entes vivos y de calor latente, guardan dentro de sus fachadas envejecidas, lo amalgamado por el tiempo, descubrirlo es un deleite, hace que se confunda la historia con la anécdota para mostrar el presente como una consecuencia lógica de hechos y circunstancias, creando escenarios de incertidumbre donde todo es interpretable, donde la verdad se articula de verbos subjetivos y formas de sentimiento.

Cañar, un pueblo de historia milenaria, con una arquitectura que condensa y confunde las épocas en un mensaje que aún está por entenderse, que merece el esfuerzo del investigador a fin de explicar su pasado, entender su presente y proyectar su futuro.

Aquí está la zona de Zhungamarca, guardando lo más significativo del pasado,

adormitando la historia, esperando el tiempo de la conciencia plena para mostrar la real magnitud del desarrollo que lograron los ancestros. Allí se vive la interculturalidad y el sentido pleno de la convivencia entre distintos, la belleza de esta zona surge del capricho de la naturaleza que en un espacio no muy extenso logró conjugar coloridos valles, agua cristalina y un paisaje de luz que deleita e invita a la reflexión.

Está también Ingapirca y su estruendoso mensaje al tiempo denunciando cómo la conquista de los venidos del sur, a su tiempo, intentó menoscabar los logros de los hijos de la Guacamaya. Está Culebrillas con sus aguas serpenteantes, brindando pleitesía a nuestra identidad con una construcción inentendible por la actual tecnología, que

guarda en su seno edificaciones del hombre pensadas para la vida eterna.

También está la zona alta, con sus caminos que conducen a lo que inicialmente llamó la atención de los conquistadores europeos, esas minas de metales preciosos que motivaron ambiciones y derivaron en atentados a la vida. Por ahí aún se escucha el eco de las caravanas que transportaban a la señorita Florencia a una de sus tantas casas de hacienda, ella con su inentendible idea de que la caridad puede mitigar la explotación al hombre de la tierra, representó a su tiempo. El Bueran ha sido testigo de esto y de las andadas de los Quiroz que, con bravura e irrespeto, también impusieron su ley y marcaron su época.

El Cañar, centro de evidencia del tránsito del tiempo, aún contiene los pasos para mulares que permitían que los hacendados de lugares circundantes acumulen el fruto de sus cosechas en casas de patios grandes y tapias altas, a fin de que sea posible el tránsito de la bestia cargada y los grandes trojes guarden el producto hasta el momento conveniente de llevarlo al mercado. Esas casas grandes se han convertido en lugares para las finanzas o el comercio, cambiando su forma, más manteniendo su sentido de jerarquía social.

Sus calles, que recién han perdido la geometría de la piedra labrada por el río, evidencian cómo las formas arquitectónicas fueron sometándose a los tiempos, su forma respeta en estructura la jerarquía de las construcciones, donde su plaza principal alberga en

su contorno los símbolos del poder: lo religioso, lo administrativo y lo económico comparten el espacio, cada uno contando su historia, evidenciando cómo las ideas venidas de lejos fueron haciendo ciudad y dando forma a la coexistencia ciudadana.

MERECIDOS RECONOCIMIENTOS A CAÑAR

Cañar, firme en el tiempo, a pesar de los embates frontales y conceptuales, ha resistido. La cultura de este pueblo debe valorarse por su adaptabilidad y su fundamento, a pesar de lo vivido, con altivez mantiene su identidad. Ha logrado superar cada espacio con estoicismo y donaire, permitiendo que sus lágrimas mitiguen el dolor y otorguen la fuerza suficiente para superar con dignidad y fundamento esas vicisitudes, logrando transformar lo adverso en oportunidad, para proyectarse grande. Cañar tiene el reconocimiento y el respeto de propios y extraños no únicamente adaptándose a las circunstancias, sino haciendo que esas circunstancias, por adversas que fuesen, potencien respuestas sustanciales. Esto se evidencia en los títulos y reconocimientos que con justicia se han otorgado a Cañar, cada uno de los cuales merece ser explicado a fin de evidenciar su fundamento y su real significado.

Hatun Cañar

El Cañar Grande, este título deriva de los tiempos anteriores a la Conquista y responde a la importancia que tuvo Cañar en la nación cañari que, a decir de

historiadores como el arzobispo González Suárez (*Historia general de la república del Ecuador*, vol. I), comprendía una geografía extensa:

Era, a no dudarlo, un conjunto de tribus unidas y confederadas entre sí, formando un solo pueblo, el cual habitaba desde las cabeceras del nudo del Azuay hasta Saraguro, y desde las montañas de Gualaquiza hasta las playas de Naranjal y las costas del canal de Jambelí. Aun los mismos cacicazgos de Sibambe y de Tiquizambi, que algunos han juzgado independientes, estaban unidos a los Cañaris del lado de allá del Azuay, no sólo por vínculos políticos mediante pactos de confederación, sino por lazos de parentesco; pues parecen oriundos de la misma tribu o antigua raza primitiva (p. 142).

Los logros de esta nación fueron muy significativos. La historia, la arqueología y las ciencias han evidenciado los grandes avances que se dieron en la organización social, sentido de desarrollo comunitario y conocimiento científico. El solo hecho de haber merecido esta designación evidencia la importancia que tenía Cañar para esta nación.

Vale la pena recordar que los incas, con todo su poderío militar, para poder conquistar la nación cañari, recurrieron al lazo de matrimonio y evidenciaron su respeto a este pueblo, al disponer que la guardia más cercana al todopoderoso inca esté conformada por cañaris. Como muestra vale la pena recordar el caso de Francisco Chioche Cañar, un cañari que se destacó en el Cuzco, defendiendo su posición y convicción con bravura.

Esa posición de lealtad con el inca hizo que los representantes de la nación cañari decidieran apoyar la

legitimidad de ese orden político durante la guerra civil. Apoyaron a Huáscar, hecho que molestó al triunfador de ese conflicto, Atahualpa, motivando en éste una reacción de venganza feroz contra el pueblo cañari: genocidio y destierros fueron los castigos impuestos. Ese tiempo coincidiría con la llegada de los europeos y sería la causa para que los cañaris apoyen las avanzadas de esos “hombres blancos y barbudos”, que llegaron y pudieron disfrazar su codicia solapándose en la esperanza de pueblos como el cañari.

El apoyo de los cañaris sería, a no dudarlo, un elemento sustancial para la Conquista, su accionar motivado por una estrategia puntual en ese tiempo no permitió avizorar lo que vendría en el futuro y ellos solo actuaron pensando en ese objetivo.

San Antonio de las Reales Minas de Hatun Cañar

Uno de los factores que impulsó la Conquista fue sin duda la riqueza rápida. Así, la búsqueda y explotación de minas de materiales preciosos sería el objetivo que motivó el accionar de los invasores de América y Cañar no fue la excepción. Sus yacimientos, ubicados en la zona de Zhuya, atrajeron la codicia, motivando incluso que su nombre oficial se lo asigne en función de esta riqueza: San Antonio de las Reales Minas de Hatun Cañar, amalgamando lo religioso, lo material y algo de respeto para la identidad.

El administrador sería el señor Andrés de Luna, el primer alcalde de Cuenca, y en cuyo honor se designó al lugar como San Andrés de Zhuya, aspectos que pudiendo ser tomados como anecdóticos, evidencian la importancia que se otorgó a Cañar en los primeros años de la Conquista.

Lo cruel de las mitas se vivirá a plenitud en esta zona.

Indígenas del lugar y otros traídos del norte pagarían con su vida los abusos del poder y la ambición de quienes, escudándose en la religión, se presentaban como superiores y disponían de los recursos e incluso de la vida de esos hombres, que le dieron forma a Ingapirca e identidad a Bueran.

Incluso ahora puede verse cómo se estableció un cementerio junto a los espacios de la mina, para, sin demora, disponer convenientemente de los cuerpos de quienes sucumbían ante esta cruel realidad.

El granero del Austro

Aunque el objetivo inicial de la conquista no fue el aprovechamiento de la tierra para generación de riqueza, lo prodigioso de esta tierra hizo que pronto se reconozca el potencial y se inicie su apropiación.

Será el mismo Gil Ramírez Dávalos, en calidad de presidente gobernador de Quito, quien disponga de lotes de terrenos y los asigne a los españoles, como parte de su misión de fundar y poblar Cuenca, guardando para sí dos espacios que se establecerán como haciendas representativas de la zona, ubicadas en el cantón Cañar. También será él quien exitosamente introduzca en este territorio especies de ganado y semillas nuevas para este contexto.

Esta distribución constituye el inicio de la etapa de las haciendas en Cañar, etapa que se desarrollará por algunos siglos, intentando emular el modelo de la hacienda andaluza. Este proceso logrará que la posesión de la tierra se torne en un elemento que determine una jerarquía social, recreando de cierta forma el modelo feudal de la Europa medieval, donde la posesión de la tierra determina la condición social, política y económica.

Gracias a la fertilidad de la tierra, grandes haciendas formaron parte de la geografía de Cañar. Personajes como Alejandro Valdiviezo (primer presidente municipal de Cañar) y su hermano Narciso, acumularon tierras usando para ello el matrimonio y otras formas, algunas no muy dignas. Ellos llegaron a ser propietarios de gran porcentaje del área geográfica de Cañar, sus haciendas en Guantug o Huayrapungo se constituirán en representaciones icónicas de esa época, donde la gran producción logró que a Cañar se le reconozca como “Granero del Austro”, sin embargo, la injusticia social que ahí se vivía haría que el sistema colapse.

Ciudad eucarística

Con la Conquista se impuso la religión católica, los sincretismos facilitaron los procesos y permitieron que la fe sea direccionada y difundida. A la Iglesia se le encargó la misión de registrar los bautizos, primera comunión, confirmaciones, matrimonios y defunciones, es decir, todos los eventos significativos de la existencia del ciudadano. Esta realidad muestra de por sí el poder que llegó a tener.

Con esa mística, los ciudadanos de Cañar buscaron la protección de sus santos, en la mayoría de las comunidades materializaron su anhelo proponiendo nombres que los evocaban, construyendo capillas que permitan la adoración al Santísimo, a la Virgen María y a los santos. Así, en el centro cantonal, a más de la iglesia matriz se construyó la capilla de San Clemente y la de Santa Rosa de Lima, y en un lugar de altura muy cercano la capilla de San Antonio.

De esta forma, las fiestas patronales o el cumplimiento de los sacramentos se celebraban

colorida y ruidosamente, tanto que muchas veces se desvirtuaban por lo material que se volvía la celebración, aunque en esencia significaban un cumplimiento de fe y de convicción, aspirando que la ayuda y la guía del Creador faciliten la existencia de los seres humanos.

Se cuenta que en 1958, por motivo del cólera, las festividades patronales de San Antonio se habían postergado del 13 al 24 de junio, y mientras se desarrollaban eventos por la celebración, en el interior de una pequeña capilla, ubicada en la cima de un montículo que se encuentra muy cerca del centro cantonal, que se conoce como San Antonio, muchos ciudadanos afirman que mientras se exponía la hostia sagrada, en la misma, asomó el rostro de Jesús. El hecho causó tal revuelo, que motivó la presencia de curiosos y gente de fe, que vinieron de todo el país. Asimismo, la autoridad eucarística se hizo presente e inició una investigación sobre el evento. La investigación llegó a expertos del Vaticano, quienes luego de interrogar a quienes lo presenciaron y analizar los hechos, concluyeron que efectivamente se trató de un milagro.

Esta declaratoria fue tomada por la mayoría de los ciudadanos como un acto de reconocimiento a la fe del pueblo de Cañar. También hubo quienes la entendieron como un llamado a fortalecer esas acciones de fe. Todos la asimilaron como un acto especial que honra al pueblo de Cañar y reconocieron a Cañar como “Ciudad Eucarística”.

CAPITAL ARQUEOLÓGICA Y CULTURAL DEL ECUADOR

La historia de Cañar constituye la mayor riqueza de este pueblo. Sus valores culturales y su identidad multicolor son los elementos más significativos, por tanto, su desarrollo debe proyectarse en función de esta realidad. Así, Bolívar Quezada Ortiz fue el ideólogo y el artífice que estructuró una propuesta incuestionable. Desde la Municipalidad de Cañar, con marcado entusiasmo, se habló de su propuesta y se presentaron sus escritos, sus gráficos, unas hojas sueltas y muchos sueños: “Con esto lograremos que se declare a Cañar ‘Capital Arqueológica del Ecuador’” dijo.

La propuesta era ambiciosa, mas el licenciado Quezada —así lo tratábamos— inundaba con razones, documentos y conocimientos. Sus palabras tenían la magia de la pasión y el embrujo de la realidad cultural de nuestro pueblo. Al cabo de unos tres meses, el documento estaba ya diseñado, listo para imprimirse.

Esos impresos fueron presentados al Concejo Cantonal, a finales del año 2000, la intervención de una comisión de directivos de UPCCC, propuso una modificación a la propuesta, a decir de ellos, debía plantearse que se reconozca a Cañar como “Capital Arqueológica y Cultural del Ecuador”. el Concejo aceptó y así resolvió.

Esos documentos se presentaron luego en el Congreso Nacional del Ecuador, mereciendo aplausos del pleno. El historiador Juan Cordero, diputado por la provincia del Azuay, pidió la palabra y con su experticia complementó argumentos y propuso que se aceptará

la propuesta, además, de una partida presupuestaria que asignaría recursos para la investigación cultural... y así se aprobó.

El Ministerio de Educación y Cultura de ese entonces, sin modificación alguna, aceptó la propuesta y la publicó en el Registro Oficial. El documento constaba de objetivos, medios, fines, metas, es decir, tenía el sustento lógico de un proyecto factible y con exageración de alegatos se sustentaba que Cañar merecía dicha declaratoria.

El 26 de enero de 2001, el Concejo Cantonal de Cañar, en histórica decisión, aprobó el proyecto, basándose en el sustento teórico, científico, histórico y cultural desarrollado por Bolívar Quezada. El 30 de enero de 2001, como principal punto del orden del día, el Congreso Nacional conoce el tema en sesión ordinaria, donde mediante alegatos se logra que brille la estirpe cañari. Los legisladores auspiciantes, haciendo gala de conocimiento y civismo, logran la adhesión de sus compañeros, y entre aplausos y deseos de que la propuesta rebase los límites nacionales, esta fue aprobada.

EL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN

En Cañar, lo primero que se tiene son escuelas que dependen del Gobierno nacional. Será en 1874, cuando la municipalidad resuelva aprobar el primer proyecto para construir escuelas para niñas y varones. Se planteará que deben estar separadas y que en cada una de ellas deben existir salones de clase, un salón de eventos, una oficina y un calabozo. Las dos edificaciones se realizarán con inconvenientes, al cabo de unos años se decidirá que sean religiosos quienes

se hagan cargo y así se concluirá su construcción.

En el caso de la escuela de niñas, esta se volvería en la que hoy es la escuela Santa Rosa de Lima, que tanto ha servido a Cañar, educando a la niñez por más de cien años. En el caso de la escuela de varones, esta sería regentada en sus inicios por los hermanos cristianos, en algunos periodos sería municipal, luego sería denominada como escuela Martínez Andrade, para en nuestros días ser conocida como Unidad Educativa Calasanz.

Vale la pena recordar el caso de la escuela de Artes y Oficios. Por la iniciativa del presbítero José Manuel Cevallos, quien en 1903 hizo la propuesta al Municipio de Cañar, se pudo construir y financiar. La escuela de Artes y Oficios inició con la misión de formar sombrereros, sastres, carpinteros y músicos, y funcionó exitosamente financiada por la municipalidad durante algún tiempo. Luego, se transformó en la Escuela de Profesionalización de Cañar, para derivar en lo que actualmente conocemos como la Unidad Educativa Andrés F. Córdova y el Instituto Tecnológico Andrés F. Córdova, que lamentablemente ya no presta sus servicios en el cantón Cañar.

El desarrollo de esta institución evidencia un paralelismo pertinente con el desarrollo de Cañar. Así, a lo largo del tiempo, ha formado técnicos en madera, carpintería, contabilidad, mecánica e informática, ajustándose siempre a los requerimientos de las circunstancias.

Las consecuencias de la revolución Liberal en el plano educativo se vivieron también en Cañar, con principios laicos se fundó la escuela 72 de Cañar,

misma que luego se desarrollará, acogiendo el nombre de escuela Simón Bolívar. Esta escuela funcionó por un tiempo como anexa al colegio Normal José Peralta, para establecerse como la Unidad Educativa Simón Bolívar, tal como actualmente se conoce a esta centenaria unidad educativa.

En 1945, bajo resolución municipal, inició el funcionamiento del colegio Técnico de Cañar, mismo que luego sería designado como colegio Nacional José Peralta, que en un tiempo albergó al colegio Normal José Peralta y se desarrolló también como instituto tecnológico. Actualmente, funciona como unidad educativa.

Por supuesto, existen otras instituciones educativas muy representativas que han marcado el desarrollo educativo de Cañar, sin embargo, me permito recordar estas por su trayectoria en el tiempo, porque su devenir evidencia cómo la educación marca el desarrollo social de un colectivo.

RIQUEZA CULTURAL

Sin duda alguna la mayor riqueza de Cañar es su esencia multicultural, su gran capacidad para adaptarse a los cambios manteniendo a salvo sus valores de identidad, no únicamente para evocarlos con nostalgia, más bien para pregonarlos como nueva forma de entender la ciencia desde una perspectiva propia y pertinente.

Vale la pena mencionar el sentido integral que caracteriza al danzante cañari o *tundunchil* y el potencial educativo de la *taptana* cañari.

El *tundunchil* constituye de por sí una manifestación donde la conjunción de la danza con la música y

los hechos regulares se amalgaman en resultados armónicos, que logran expresar mensajes de reclamo, de alegría o de esperanza, constituyéndose en una herramienta de resistencia que ha logrado superar el irrespeto a la cultura y el embate de otras culturas.

De su parte la *taptana* cañari es mucho más que un objeto de cálculo, la investigación va mostrando lo equivocados que estábamos cuando la entendíamos como un simple artefacto que permite hacer cálculos aritméticos. Su riqueza radica en sus fundamentos holísticos que permiten que en la educación pueda apoyar procesos de educación integral y significativa.

Su funcionalidad parte de la bondad de lo concreto, de lo sistémico, donde el aprender tiene que ver con construir procesos que respondan a lo vivencial, desarrollando valores humanos y un conocimiento que se ajuste a la singularidad de cada individuo y a la realidad de cada circunstancia.

ILUSTRES HIJOS

La fuente más fidedigna y directa para entender un pueblo, es justamente escuchar y entender lo que sus hijos expresan, mucho más aquellos que han merecido el reconocimiento de la historia. Sus voces deben ampliarse al horizonte y al futuro para que su legado trascienda las circunstancias del tiempo, permitiendo que generaciones futuras y ciudadanos vecinos entiendan la valía de la tierra como progenitora de ideales.

Como hijo de esta Cañar de siempre no puedo garantizar un juicio imparcial cuando afirmo que pocos pueblos han visto tanta gloria en el desempeño de sus hijos. Me baso en los ideales de Peralta que

guiaron movimientos que han cambiado la historia de los pueblos dentro y fuera del país, que hoy como ayer tienen vigencia y merecen reflexión.

Me baso en los pensamientos de Nela Martínez que abrieron senderos para mujeres, indígenas y todos aquellos que anhelan justicia social. Su grito de reclamo que a su tiempo hizo temblar al poder, ayer, hoy y siempre fue y será necesario para construir una sociedad justa.

También me baso en los fundamentos jurídicos de Andrés F. Córdova, que le permitieron forjarse un sendero y alcanzar la máxima magistratura del país, me baso en los poemas de los “Noboas”, en la concepción de la historia que desde su postura impuso Ángel María Iglesias, quien nos enseñó como entender nuestro pasado sin anclarnos en el tiempo, más bien proyectando nuestro pasado como fuente de desarrollo.

Historia y legado de la cultura cañari

Carlos Valverde

Esta publicación se enmarca en el proyecto de vinculación con la sociedad “Historia y legado de la cultura cañari”, liderado por la carrera de comunicación, periodismo y producción multimedia de la Universidad Católica de Cuenca, entre el año 2022 y 2024.

Este proyecto se marcó como objetivo fomentar el conocimiento y el reconocimiento del patrimonio de la cultura cañari mediante la investigación, generación y difusión de contenidos a través de recursos educacionales, a través del Campus Cañar, la carrera de comunicación y el Área de Cultura de la Universidad Católica de Cuenca, el Centro de Investigación Cañari, la Universidad Nacional de Educación (UNAE), la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo de Cañar y el Municipio de Cañar.

Los resultados del proyecto contemplan publicaciones sobre la cultura cañari, un documental audiovisual sobre la historia de Juncal y el libro que aquí se presenta sobre Rigoberto Navas.

UN VIAJE A LA MEMORIA

Gracias al encuentro con la investigadora Judy Blankenship, el docente Carlos Valverde pudo conocer de primera mano el archivo fotográfico de la familia Navas en Cañar. El trabajo de años de recopilación y conservación de los originales por parte de Judy junto con los hijos del fotógrafo Rigoberto Navas, especialmente Martha y Paul, no había encontrado todavía un apoyo formal para ser publicado y divulgado.

Conscientes del valor de este archivo y la memoria histórica que guardaba, el docente junto con el Área de Cultura de la Universidad Católica de Cuenca, formalizaron un proyecto de vinculación con la sociedad para promover la publicación de la recopilación fotográfica. El mérito del proyecto fue incluir a jóvenes estudiantes de la carrera de comunicación y producción audiovisual de la Universidad Católica de Cuenca que, junto a su docente Carlos Valverde, organizaron encuentros tipo tertulia con personas adultas mayores del Cañar para investigar sobre los parajes, personajes y efemérides que retrataban las fotografías.



Tertulianos y estudiantes en el levantamiento de la información

En un inicio parecía una actividad más, sin embargo, se convirtieron en espacios de conversa distendida y emotiva cuando se empezaron a proyectar las fotografías antiguas de Rigoberto Navas.

Los participantes recordaban a través de las imágenes todo tipo de anécdotas, personajes y lugares. Los textos que en este libro se plasman son fruto de estos encuentros. La memoria se avivó en esos conversatorios amenos y los jóvenes, futuros periodistas, fueron testimonios de la historia a través del hechizo de la fotografía.



Ismael Matute entrevistando a Martha Navas



Socialización del proyecto de libro fotográfico en casa de Judy Blankenship



Trabajo de tertulias



Eusthela Muñoz y Susana Alvarado durante las tertulias



Cañar: desde la mirada de Rigoberto Navas 1940-1960

se imprimió en la ciudad de Cuenca, Ecuador, en junio de 2024, en la Editorial Universitaria Católica (Edunica), con un tiraje de 500 ejemplares.



La fotografía permite que la realidad se dimensione en una pausa que se amplifica sobre la percepción de alguien que intenta resignificar la realidad de un modo inagotable y fijando una relación de generosa intimidad con su mundo, más allá de la idea que se tenga de este. Por tal, hay una responsabilidad con los escenarios y los diversos espacios que se retratan, como bien lo demuestra el maestro cañareño Rigoberto Navas, cuyo lente se ha exaltado desde la amplitud de un paisaje hasta la expresión más dicente de un ciudadano que puede ser cualquiera de nosotros y cuyo vigor se revela en un simple *flash*.

Es, por lo dicho, la impostergable ocasión para rendir tributo a la historia, en esta dadivosa entrega que cuenta con la coordinación de la memorable retratista de los tiempos Judy Blankenship, quien recopiló los trabajos de nuestro fotógrafo, cubriendo el trecho de 1940 a 1960, tiempos en que el Ecuador contó con una decena de presidentes y los tan acostumbrados gestos de reinención civil que caracteriza a esta orilla del mundo, pero que devela la necesidad constante de revitalizar el nexo indisoluble con nuestra historia y los registros de nuestra cultura, cuyo estandarte jamás debe dejar de levantarse.



ISBN: 978-9942-27-270-6



ISBN: 978-9942-27-271-3

